

I Congreso Internacional de Traducción Especializada

**LENGUAJE Y POLÍTICA:
DE CÓMO EL DISCURSO CIENTÍFICO NO
ES AJENO A LA VIDA SOCIAL**

**VARIANTES EN LA TERMINOLOGÍA DE
LAS PUBLICACIONES
MÉDICO-CIENTÍFICAS
EN LENGUA ESPAÑOLA:
¿ES AÚN POSIBLE CONSENSUAR UN
LENGUAJE COMÚN?**

Manuel Talens
Traductor

Lenguaje y política: de cómo el discurso científico no es ajeno a la vida social

Variantes en la terminología de las publicaciones médico-científicas en lengua española: ¿Es aún posible consensuar un lenguaje común?

Manuel Talens
Traductor

Introducción: El lenguaje como arma y la terminología científica como munición de combate

La caída de Constantinopla a manos de los turcos a mediados del siglo XV, que cortó la fructífera ruta hacia Oriente iniciada por Marco Polo, sumió a la Europa cristiana en la angustia económica por encontrar una nueva ruta en dirección contraria y conservar así los pingües beneficios derivados de las especias. Fue eso, el miedo al Islam combinado con el deseo de riquezas perpetuas, el auténtico motor que dio al traste con la Edad Media, inició el Renacimiento y, con éste, la modernidad.

El lenguaje, que es la expresión máxima de los humanos como seres inteligentes, estuvo en la vanguardia de aquellos cambios sociales que sustituyeron a Dios como centro del universo para reemplazarlo por el *homo mortalis*. No es nada casual si, en aquellos mismos años, el paradigma de la divulgación del lenguaje escrito –la imprenta– naciese mientras los Reyes Católicos consumaban la expulsión de los árabes fuera del territorio de la Península Ibérica, acontecimiento que tuvo lugar el mismísimo año en que Antonio de Nebrija sistematizó por primera vez en la historia la gramática de una lengua –el español– y que coincidió casi día por día con el viaje iniciático de Cristóbal Colón hacia esas Indias que no eran otra cosa sino América.

Si hoy señalo aquí una tras una esas supuestas coincidencias temporales –la imprenta, la gramática nebriana y el inicio de la conquista de América– y afirmo que no fueron algo casual es porque creo firmemente que el lenguaje es un arma y, como tal, se utiliza contra el adversario, al mismo título que las armas de guerra convencionales. La colonización de América, uno de los acontecimientos más significativos de la modernidad, cuyos efectos –buenos y malos– todavía se dejan ver, significó la destrucción de centenares de culturas y lenguas aborígenes en beneficio de las lenguas de la vieja Europa, que no en vano se apropiaron lingüísticamente de los territorios conquistados.

Las lenguas, instrumentos de poder, suelen ser depredadoras y a la hora de la verdad no admiten competencia. Ya había sucedido con el latín y volvió a suceder en América, donde los imperios nacientes delimitaron su territorio de acuerdo con códigos lingüísticos.

Naturalmente, no todo es negativo en este tipo de cuestiones. El tiempo suele desleír los peores atropellos y hoy en día nadie en la Europa de origen latino reniega del Imperio Romano, sobre todo porque es imposible rectificar el pasado. No puede decirse lo mismo, por ejemplo, de la actitud que aún suscita en ciertos ámbitos el antiguo imperio español, todavía denostado –con mucha razón– por infinidad de gentes en América, pero es que cinco siglos, parafraseando a Gardel, no son nada.

Una vez mencionados a vuelapluma los aspectos negativos del lenguaje como arma de devastación, comentaré sus aspectos positivos como vínculo unificador. La lengua de Cervantes, nuestra herramienta común que tanto nos hermana a españoles y latinoamericanos, permite hoy con una casi mágica facilidad que un andaluz nacido y criado a miles de kilómetros de aquí pueda dirigirse a ustedes en el hemisferio Sur sin que tengan la menor dificultad para entenderlo. Convengamos, por lo tanto, en que el dolor original causado por la imposición forzada de este código comunicativo al menos ha servido para algo.

Sin embargo, no estoy aquí para adentrarme en el terreno de lo que nos une, sino de lo que nos presta una especificidad, sin por ello necesariamente separarnos. En el caso del español, no se trata solamente de un ramillete de palabras que sirven de chiste a ambos lados del Atlántico, ramillete del que forma parte, por ejemplo, el nombre de pila de esas mujeres llamadas Conchita que tanto abundan en España y que no pueden acercarse a la Argentina con impunidad. Tampoco me refiero a ese verbo maravilloso -según la situación en que uno se encuentre- que sirve tanto para agarrar como para amar y que ya Alejo Carpentier celebró, como lazo disyuntivo de nuestros países, en su libro de ensayos *Tientos y diferencias*. No, no se trata sólo de esos ejemplos aislados, porque si bien las palabras son el metal de que se compone el lenguaje, no son, desde luego, “todo” el lenguaje, el cual consta asimismo de gestos, ademanes, entonación, ideología, casta, obsesiones, complejos de superioridad, de inferioridad, aromas geográficos y otras muchas cosas más. Esas cosas, en un mundo sociocultural tan vasto como el nuestro, han propiciado que al español le suceda eso que los biólogos llaman “especiación” en el mundo animal, es decir, que del tronco genitor nacido en Castilla hayan surgido subpoblaciones más o menos autónomas que nos enriquecen, nunca empobrecen, pues el mestizaje, tanto en las lenguas como en la Biología, es una de las bendiciones de este mundo.

A veces surgen disputas entre los hablantes, pero no se deben al propio lenguaje, sino a la actitud del emisor cuando éste es incapaz de aceptar que las subpoblaciones surgidas de la especiación tienen el mismo derecho a la existencia que la especie primigenia. Cómo no citar aquí la célebre polémica que enfrentó a dos gigantes literarios, uno de la historia y otro de la literatura, unidos por la lengua y, al mismo tiempo, distanciados por la *ideología* del lenguaje. Me refiero a Américo Castro y a Jorge Luis Borges, quien en su ensayo “Las alarmas del Doctor Américo Castro” –incluido en el libro recopilatorio *Otras inquisiciones*– respondió al primero con un latigazo verbal cuando el “gallego” se atrevió a poner en solfa –de manera muy imperialista, como diríamos hoy– las peculiaridades del lenguaje practicado en la Argentina.

Sirvan estas breves palabras a modo de corto preámbulo para fijar las coordenadas de la exposición que se me pide en este congreso de traductores médicos y que quizá sorprendan a más de uno de los lectores, ya que a pesar de la creencia común que atribuye al lenguaje de las ciencias una neutralidad sin tacha (pues, según dicen algunos, busca la “verdad” y ésta carece de ideología, ¿de verdad lo creen?), soy de los que sostienen en cualquier foro que el lenguaje –cualquier lenguaje– nunca es neutro y que hasta la más insignificante expresión verbal lleva siempre la marca de su origen social. Y puesto que acabo de mencionar el origen social, concepto de connotación marxiana que trae a la memoria la *clase* social, podría muy bien adentrarme ahora en un terreno pantanoso por lo polémico, al señalar que el lenguaje científico que aquí se discute no tiene nada de popular o democrático, puesto que está producido por una elite económica emparentada con el poder político, y ya se sabe que en nuestras democracias occidentales (?) ambas cosas van juntas. Pero no seguiré ese camino o al menos no iré

hasta el fondo del asunto, pues no es éste el foro adecuado para dicha tarea. En cambio, sí que me propongo señalar palabras y expresiones –científicas o de la jerga diaria– que se refieren a lo mismo en ambas orillas del Atlántico y que provocan disensiones entre los traductores de textos relacionados con la Medicina.

A este problema –o lo que sea– se le debe sumar otro, y es que, nos guste o no, la Medicina está sometida en la actualidad a la dictadura del inglés, lengua que –al igual que en otras épocas el latín, el español o el francés– es cualquier cosa menos inocente, puesto que su carácter imperial se lo impide. Dicha dictadura y la multiplicación de las comunicaciones a través de los medios electrónicos han generado una tendencia impensable en otra época reciente, la de la frecuentación cotidiana de las publicaciones en lengua inglesa por parte de un gran porcentaje de médicos de habla española, que sin conocer muy bien la lengua de Shakespeare son al menos capaces de enterarse de lo que tales publicaciones les cuentan (o al menos eso creen). El resultado es que un número altamente peligroso de palabras inglesas se castellanizan en los diferentes ámbitos del español de acuerdo con similitudes fonéticas casuales, no con significados semánticos, y ello hace que la jerga científica en nuestra lengua esté hoy llena de neologismos ingleses mal contruidos, falsos latinismos y divergencias artificiales que hubieran podido evitarse.

Dado que una ponencia es algo que considero como un *happening* oral más que como un texto escrito, dedicaré el resto de mi exposición a analizar algunas de las palabras o expresiones en lengua española que se adentraron por caminos diferentes durante el proceso de especiación lingüística y que caracterizan a los médicos traductores de ese vasto ámbito imaginario de la cultura que Carlos Fuentes llamó hace años el Territorio de La Mancha.

Empezando

Y puesto que todo en la vida tiene un precio, por mucho que los publicistas se empeñen en convencernos de que si compramos esto nos regalan aquello, veamos cómo se expresa el precio en las traducciones médicas realizadas a uno y otro lado del Atlántico: el *costo* de algo, que a ustedes les resulta tan natural, allá es *coste*. Naturalmente, hubiera sido magnífico que nos olvidásemos de la diferencia para quedarnos con *costo*, puesto que en mi país se entiende perfectamente, pero dicha palabra ha sufrido en los últimos tiempos una contaminación proveniente del mundo callejero de la droga y “costo” equivale a hachís. De manera que empezamos mal, por el momento no hay solución.

Y como en general los textos médicos tratan de pacientes y éstos a veces suelen terminar admitidos en el hospital, allá son *ingresados*, cosa que en esta orilla hace que más de uno sonría, puesto que aquí, con mucha más lógica, los *internan*. Muchos de ellos, por falta de medio propio de locomoción, se habrán desplazado en *colectivo*, pero en España lo harán en *autobús*, ya que colectivo se reserva para un grupo de personas, ya sean médicos con un salario fijo –si tienen suerte– o trabajadores *temporarios*, que en los documentos científicos de organismos internacionales como la OMS son, sin embargo, *temporeros*.

Y claro, una vez ingresados/admitidos en el hospital, los pacientes han de dormir en su habitación, cubiertos por una *manta*, que aquí es *frazada*, hermosísima palabra de origen catalán y casi totalmente perdida en la península ibérica, tanto es así que basta con escucharla para saber que quien nos habla es latinoamericano. Es posible que si

hace calor y el hospital no cuenta con temperatura controlada los pacientes sufran un aumento de *transpiración*, que en otros ámbitos es *sudoración* o incluso *sudación*. Pero, claro, además de dormir, el paciente ha de comer y beber: ¿qué mejor cosa que darle allá un *zumo*, palabra de origen árabe, pero acá un *jugo*, de origen latino?

La ropa interior de los pacientes debe olvidarse en el hospital, puesto que han de estar siempre a punto para un examen físico. No tiene caso que las mujeres conserven allí su *sostén* o *sujetador*, palabras muy inferiores en sonoridad al bellissimo *corpiño* de ustedes. ¿Y qué decir de esa diferencia abismal entre las *bragas* y las *bombachas*? Menos distancia existe entre nuestro *pijama* y su *piyama*, sólo una letra. El resto de la indumentaria cambia también: nuestro *jersey* aquí es *remera*, algo que allí despierta imágenes de barquitos por el mar; nuestro *bolso*, *cartera*; nuestro *abrigo*, *tapado* (abrigo que, si es de calidad, allá tiene un forro, pero, claro, acá *forro* es otra cosa); nuestra *falda*, *pollera*. Recuerdo que la primera vez que escuché, siendo niño, una cumbia que habla de la pollera colorá pensé que se trataba de una mujer que vendía pollos.

Los artículos científicos que uno lee en las revistas suelen estar divididos en *secciones*, pero eso es sólo aquí, puesto que allá lo están en *apartados*. Creo ver en esto la influencia del inglés *section*, que en España no caló o caló menos, mientras que sí lo hizo, y cuánto, en esa otra palabra anglicada que son las *tablas*, en las que se integran elementos textuales relacionados entre sí. Aquí, si no me equivoco, las *tablas* son *cuadros*, lo cual es mucho más respetuoso del español clásico. Sin embargo, he de añadir en este punto que a mi parecer los traductores científicos argentinos y latinoamericanos en general se apegan mucho más que los españoles a la estructura gramatical del inglés y buscan menos en el diccionario académico o bien simplemente castellanizan con mayor soltura. Veamos: el verbo *vorterear*, que aquí es común, no existe en mi país. Se trata de la adaptación típicamente porteña de la marca comercial Vortex. Los traductores españoles aquí prefirieron las perífrasis *agitador vorticial* o el verbo compuesto *agitar en círculos*. ¿Suenan extraño? Quizá, pero sólo el primer día, luego uno se acostumbra. El verbo inglés *to present with* lo he visto traducido por latinoamericanos como *presentar con*, por ejemplo, *el paciente se presenta con tales síntomas*, lo cual es un anglicismo flagrante, ya que en nuestra lengua lo habitual hubiera sido *el paciente presenta tales síntomas*. Lo cual no impide que el texto sea *exitoso*, palabra que a mí personalmente me gusta mucho, pero que en España suena raro: allí las cosas no son exitosas, sino que *tienen éxito*.

No es difícil encontrar en textos latinoamericanos la palabra *organelas*, mientras que en los hispanos se usa más bien *orgánulos*. También he visto a veces la metonimia *citosol*, que sólo es la parte fluida del citoplasma, utilizada en tal caso para describir a éste. Sigamos: en todo artículo científico que se precie suelen compararse cosas entre sí, ya sean porcentajes, fármacos o resultados de tratamiento. Voy a referirme ahora a un intruso que se ha colado casi definitivamente a ambos lados del Atlántico en proveniencia de la lengua inglesa. Me refiero al latinismo *versus*. A los ingleses, que por su menor contacto con la lengua latina la conocen peor, les encantan sin embargo los latinismos, quizá porque suenan muy elegantes en medio de una conversación. Pero suelen utilizarlos mal. Tal como señala Lázaro Carreter, *versus* es un latinismo macarrónico inventado en el siglo XV por los ingleses, para quienes equivale a *against*. Sin embargo, *versus* en latín no significa *contra*, sino *hacia*. Tengo para mí que a los hispanohablantes este falso latinismo nos llegó hace unos cuarenta años desde los Estados Unidos a través de la América hispana, donde empezó a utilizarse en el ámbito deportivo (Boca *versus* River Plate). La lengua española ya posee desde siempre las herramientas necesarias para enfrentar un objeto o ser inanimado con otro, ya sea para

compararlos o para que se eliminen entre sí ('contra, 'frente a', 'en comparación con') y no necesita injertar el *versus*, que carece de ese matiz en castellano, puesto que la preposición latina *versus* original significa *hacia*, no *contra*, de ahí que, en otras lenguas latinas se “vea” la etimología: en italiano *hacia* se dice *verso*, en francés y en catalán *vers*.

¿Y qué decir de otro latinismo cojo con el que uno a veces se tropieza en algún texto científico, éste importado de Estados Unidos? Estoy hablando de *status quo*. Esta locución latina, que significa “estado actual de las cosas”, consiste en dos palabras que concuerdan entre sí en caso ablativo (*statu*, de *status*, -us, y *quo*, de *qui*, -ae, -od). Los usamericanos, que incluso cuentan con un famoso grupo de rock denominado así, la utilizan con una grafía errónea, pues al añadir una *s* a *statu* han destruido la concordancia original. No hay más que ver cualquier diccionario de español para la comprobación de la grafía.

Pero sigamos con el lenguaje científico: de nuevo, por estos pagos, se apegan mucho más al inglés que por los míos. Un *báfer*, castellanización absoluta de *buffer*, allí es *tampón*. Comprendo perfectamente que las contaminaciones semánticas a veces causen problemas. Un tampón, de impecable construcción etimológica, se aproxima tanto a esos artilugios inventados para alivio de flujos menstruales que quizá fuera ese el motivo de que aquí se prefiriese *báfer* y quizá haya sido también ese el motivo de que en España, al referirse a tales artilugios, se haya preferido recurrir a la marca comercial más conocida de ellos: Tampax. Y, siguiendo con usos anglicados, el *data mining* inglés, que en la lengua de Shakespeare es un concepto metafórico, fue traducido por argentinos con toda naturalidad como *minería de datos*, algo que en mí despierta la imagen mental de unos mineros en un túnel subterráneo con su lucecita en la frente. Allí a esa metáfora se le buscó la vuelta: *búsqueda de datos*, *prospección de datos*.

¿Creen ustedes que alguien entendería en España o en México si el compañero de laboratorio le preguntase: “Pasame la birome, che”? No, está claro que no. Allá lo lógico es llamar bolígrafo a ese invento surgido en los años sesenta (por cierto, en México hubieran dicho los años *sesentas*, con ese final).

Regreso al lenguaje de laboratorio. El *pelet* de aquí es el *precipitado* de allá y la larga perífrasis *proceso de centrifugación del precipitado* aquí fue resuelto a la brava: *peletear*. No quiero olvidarme en mi exposición de una expresión divina imposible de utilizar en España. Me refiero a la *corrida electroforética*. Han de saber que, allá, la palabra *corrida* sólo es lícita en sociedad entre personas bien educadas si se refiere a las corridas de toros. Por supuesto, puede utilizarse con total libertinaje en la soledad compartida del dormitorio, conyugal o no. Imaginemos la imposible pregunta de la jefa de un laboratorio de, pongamos por caso, Madrid, a uno de sus ayudantes: “Mauricio ¿cómo te fue la corrida?”; o bien: “Mauricio ¿corriste el gel?”. No, mejor no imaginarlo, porque allí la pregunta sería más bien: “Mauricio ¿qué tal quedó la separación por electroforesis?”

La *mesada* argentina es aquí una larga mesa de laboratorio de granito o acero inoxidable. En cambio en España es una cantidad de dinero que se paga por mes. El *calefón*, ese aparato que se usa para calentar el agua tras encenderlo con un fósforo, allá es el *infernillo* o *infiernillo*.

Los fármacos de allá aquí son drogas y me remito al Litter. Quizá hace cincuenta años allí hubiese sido una palabra admisible y etimológicamente correcta, pero ya no puede ser, pues las drogas ilícitas se lo impiden y entre los lectores eso causaría confusión.

Hay veces en que lo único que nos diferencia es un acento o una letra: *citocinas* allí, *citoquinas* aquí; *periodo*, *cardíaco*, *microscopia* allí, *período*, *cardíaco*, *microscopía* aquí. Otras, la acentuación se invierte: *video* aquí, *vídeo* allá.

Pasemos ahora al lenguaje de laboratorio: una *placa* de Petri es algo evidente para un traductor español; no lo es tanto una *caja* de Petri, ya que para el español caja es algo cerrado. Tampoco se utiliza allí el hermoso verbo *relojear*. El *temporizador* de España es aquí un *timer*.

En medicina experimental suelen utilizarse animales de laboratorio, que aquí son *cobayos*, pero allá *cobayas*.

La influencia avasalladora del inglés sobre nuestro lenguaje científico es tal, como he apuntado en la introducción, que muchos términos y expresiones inglesas se han introducido o se están introduciendo en el lenguaje de todos los días a una velocidad de vértigo. Empezaré citado la que a mi parecer es más antigua, el famosísimo *a nivel de*, tan denostado por los lingüistas. Conviene recordar que el término “nivel” alude en español a la altura de un objeto con respecto a otro. El abuso actual de *a nivel de* (a nivel de economía, de relaciones sociales, de país o de prácticamente cualquier cosa) proviene de un calco indiscriminado del *at the level of* inglés. Como suele suceder, tengo para mí que el responsable de tal invasión fue un medio de comunicación masivo como el cine, a través de un mal doblaje a partir de los años treinta. Las películas de Hollywood de aquella época que hoy pueden verse en DVD abundan en *a nivel de*, una expresión hoy imposible de erradicar. La lengua francesa ha sufrido una contaminación parecida y el *au niveau de* se utiliza hoy casi para todo. A pesar de que en el español hay ya expresiones bien establecidas que hacen un uso metafórico del término, como 'nivel de vida', conviene no abusar y reservarlo en el lenguaje científico para ocasiones en las que de verdad se trata de un nivel (por ejemplo, “a nivel de la arteria renal o de la 4ª vértebra lumbar”). En vez de “la circulación a nivel de los órganos, por ejemplo, suena mucho más correcto “la circulación en los órganos”.

A modo de conclusión

Empecé mi exposición con un título equívoco: “¿Es aún posible consensuar un lenguaje común?”. La pregunta, planteada de esta manera, parece como si estuviese expresando el deseo de que ese consenso fuese necesario o deseable. Yo no lo creo así, pues precisamente la riqueza inmensa de toda lengua, y de la nuestra en particular, es la inmensa capacidad que ha demostrado de adaptarse a paisajes diferentes, de mezclarse aquí con el italiano, allá con el guaraní, más allá con el náhuatl, sin dejar de ser español y sin dejar de unirnos a todos. Sé que en mi país, que creó esta lengua, todavía existen puristas deseosos de preservar unas reglas que tienen su sentido etimológico y gramatical, no lo niego, pero que en el continente americano a veces no se respetan y, sin embargo, esa falta de respeto produce resultados sorprendentes y bellísimos, que jamás se les hubieran ocurrido a un español. Por ejemplo, ¿qué decir del extraordinario *ahorita*, que en teoría es una imposibilidad, puesto que los adverbios son invariables? ¿Y de los *despacito*, *prontito*, *rapidito*? Mi conclusión es que los traductores debemos evitar el dogmatismo y servir al público para el que trabajamos.